

## Una buena noticia sobre esos días de miércoles

García Reig, Juan Carlos (2008): *Los días de miércoles y otros cuentos*. Buenos Aires, Ediciones de la Flor, pp. 224. Ilustraciones de Rep.

Por Malena Botto \*

Una buena noticia: en 2008, Ediciones de la Flor pudo acabar de reunir, y publicar, los cuentos de Juan Carlos García Reig. “Buena quizás -podrá decir el lector- pero no tan nueva como para ser noticia”. Bien, procuraré convencer a ese supuesto lector de que el acontecimiento sigue siendo, hoy por hoy, una buena noticia.

La edición de estos relatos por parte de una editorial que, como dice Gustavo Bombini en el Prólogo del volumen, “garantizará que los encontremos en las primeras mesas de las librerías”, al alcance de muchos lectores, implica un merecido reconocimiento para un escritor casi desconocido. Y, al hacer esta valoración, me voy acercando al meollo del asunto: por qué las ficciones de García Reig se conocen tan poco y por qué merecen conocerse son preguntas que admiten respuestas diversas, no contradictorias pero sí diversas, que se van amplificando y complejizando en distintos registros siempre atentos a decir algo sobre la literatura, la realidad y sus zonas intermedias.

Está ese lugar de las mediaciones entre la “realidad” de quien escribe en un tiempo y espacio determinados y la existencia –real o virtual- de lectores que tengan en sus manos esos escritos impresos en letras de molde. Toda una obviedad, sí. Pero Juan Carlos García Reig nació, vivió y escribió sus cuentos en Mar del Plata, donde murió joven y hace ya más de diez años. Su primer libro, *Bacará*, fue publicado en 1983 por la editorial Corregidor, gracias a un subsidio del Fondo Nacional de las Artes. El otro, *Los días de miércoles*, salió bajo el sello Del Castillo, una editorial marplatense de efímera existencia, en 1986. Entonces, comprensiblemente, esos textos se tornaron inhallables en pocos años. No olvido que varios de sus relatos – los que integraron estos dos volúmenes, más otros- aparecieron en distintas antologías, manuales escolares y otras publicaciones, como la revista *Puro Cuento*. Sería injusto olvidarlo porque implicaría pasar por alto el hecho de que los cuentos de “Cachi” García Reig, a poco de conocerse, tenían evidentemente algo que aportar a la literatura escolar en la Argentina de la posdictadura. Como señala Bombini, esa inclusión no respondió a una “conservadora operación canonizadora”, sino “a un activo movimiento por el que los

---

\* Malena Botto es profesora en Letras egresada de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE) de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Es docente de trabajos prácticos en la cátedra de Introducción a la literatura (FaHCE-UNLP). Coordina el Curso de Ingreso para las carreras de Letras en la misma institución. Allí también cursa el doctorado en ciencias sociales y es becaria del CONICET.

profesores de literatura se preocuparon desde los años 80 para acá por encontrar nuevos textos y nuevos autores que entraran mejor en sintonía con esos raros alumnos nuevos que les tocaba educar”. Y lo interesante de esta observación es que invierte los términos en que los universitarios (Pierre Bourdieu incluido) estamos acostumbrados a concebir el canon: solemos creer y corroborar que lo innovador se encuentra allí donde la crítica –nosotros mismos, así sea por mera ratificación- suele o solemos encontrarlo. Por el contrario, el universo de la escuela, la edición o producción de textos “escolares”, cargan faltal u obedientemente con el estigma de la reproducción. Desde ya que esto no será así en todos los casos y que por otra parte abundarán ejemplos –en las prácticas, en los programas, en las operaciones de mercado- que le den la razón a ese argumento. Pero también nos sirve para pensar el hecho de que la crítica no haya encontrado interés en un autor como García Reig; simplemente porque la crítica, *stricto sensu*, no se ha encontrado con García Reig.

Sopesar si esto constituye una circunstancia lamentable o no, no interesa. Tampoco denunciar, una vez más, la insuficiencia de nuestros cánones o la comodidad de nuestros protocolos de lectura. Sobre todo cuando ya parece evidente que la precariedad en la fijación de un canon es tan cierta como la necesidad de las instituciones de seguir produciéndolos y conservándolos (y las exaltaciones de lo marginal y lo contracanónico, las campañas exploratorias de la periferia académicamente organizadas no pueden, por nobles que sean sus intenciones, dejar de dar cuenta de esa necesidad).

Por lo demás, y aunque no lo parezca, las lecturas siguen proliferando. Por delante, por detrás o por debajo, circundando de otro modo esas operaciones, ellas están dentro y fuera; las atraviesan al tiempo que les son heterogéneas. Se trata de la lectura en tanto que experiencia individual o colectiva, que transita los circuitos institucionales o se aparta de ellos. Estas experiencias se han incorporado, dejando su marca, al trayecto que los relatos de García Reig han recorrido hasta llegar a esta edición. Una entre ellas: 25 años después de su primera publicación, en la UNLP, se produce el encuentro entre un grupo de ingresantes a la carrera de Letras y un par de cuentos del autor. Un ingresante es, se sabe –o así lo repiten a veces algunos medios de comunicación escandalizados por los resultados de un examen, algunos docentes apocalípticos u otros entusiastas de la cultura juvenil- un raro alumno nuevo. Para otros de nosotros la “rareza” tiene más que ver, en este caso, con un modo de presentar y posicionar la literatura en la escuela desde la reforma de los años '90, a partir de una concepción dominante que privilegió ciertos saberes técnico-instrumentales o una reivindicación de la lectura placentera que aquietta o anula sus potenciales significados socioculturales, y ante la que los docentes se han posicionado también de maneras diversas. Como sea, los relatos presentados, y su autor, también aparecieron como “raros” ante esos ingresantes: lograron interpelar sus concepciones de lo literario, de nociones como autor y estilo, y repensarlas en función de la formación que

comenzaban a transitar. En uno de los cuentos elegidos, “Curados de espanto”, el desopilante personaje de la Tía Iris le dice al narrador: “¡qué raro sos!”. La exclamación es acorde a las formas del humor que despliega el relato y, sin embargo, es paródica en otro nivel. La correspondencia entre ese narrador en primera persona y el autor García Reig es imposible, pues se trata de un relato “cuasi fantástico” (de un fantástico que casi se diluye en el absurdo y sin embargo no acaba de disolverse, sino que “escapa por la tangente”). Pero por eso mismo, en este y en otros relatos, el cruce entre las distintas tradiciones del fantástico argentino –de Borges a Wilcock- y la vertiente más popular de las formas del humor al estilo Fontanarrosa, produce unos resultados que son, efectivamente, raros. Habrá que darle la razón a la Tía Iris pero, sobre todo, señalar que esa rareza genera una resistencia productiva.

Productivos en la lectura en tanto que experiencia, resistentes a la hora de las clasificaciones, ¿qué hay en los cuentos de García Reig? Los pocos críticos que se han ocupado de ellos coinciden en que García Reig escribía cuentos fantásticos, pero esa afirmación es tan cierta y tan amplia que acaba no diciendo mucho, y persiste la impresión de que este fantástico se escapa por la tangente. David Lagmanovich admira en García Reig a un malogrado cultor del microrrelato latinoamericano y, en efecto, algunos de sus cuentos son buenos y breves. Juan Sasturain, en cambio, hace algo mejor: imagina, y presenta su lectura crítica en clave de invención. Que García Reig escriba cuentos fantásticos en Mar del Plata es un buen comienzo para un cuento fantástico, empieza, y continúa, difuminando los límites entre experiencia e invención, entre lectura que se vuelve literatura y lectura crítica como sanción institucional. Y sí, Sasturain, ése es un buen comienzo.